

IV

Al día siguiente del que Reinaldo fué al *faubourg* Poissonnière para formalizar sus relaciones, Rosalía manifestó la intención de hacer un viaje. Á las objeciones que le hicieron, contestó con tr nquila firmeza que para perfeccionarse en su arte necesitaba visitar los museos de Italia. Y como su madre consultase el efecto que su ausencia en semejantes momentos podría causar, la joven contestó que ya había pensado bastante en los demás para que fuese tiempo de pensar en sí misma. En un instante se reveló una Rosalía desconocida, y la señora Hertelín qued  sumida en los abismos de la estupefacción.

— Pero   vas   marcharte sola ?

— No, papá me acompa ar , es cosa decidida.

—   Tu padre !   En el momento que tu hermana va á casarse !   Estar  fuera en semejante ocasión ? No lo pens is.

— Volver  cuando sea necesario.

—   Y nos dejar  solas mientras dure el noviazgo ?

— No necesitáis á nadie. El tiempo os faltará para



UNIVERSIDAD DE BUENO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ocuparos de los preparativos. Os dejar  el dinero para pagar el ajuar de Genoveva y para que nada os falte... Pap  os entregará veinte mil francos.

—   Qué significa esta cantidad ?   De dónde procede !



— Es el precio del retrato del señor Brown.

— Pero ¿ y tú ?

— Tengo cuanto me hace falta : Regis me ha pagado los últimos dibujos, y le enviaré otros desde el sitio en que me encuentre. Por mí no debéis inquietaros.

— Pero ¿ qué significa ese viaje ? ¿ Qué pensará la gente ? ¿ Cómo se ha decidido tu padre tan repentinamente, él que nunca acaba de resolverse ? En verdad que no me explico...

— Tranquilizaros, pues todo es muy natural. Además, si los preliminares de la boda duran un poco, tendré tiempo para estar de vuelta.

Aquella misma noche, cuando después de comer, Reinaldo se presentó con flores magníficas, le anunciaron el viaje de Rosalía. Recibió la noticia con su natural frialdad, y si bien preguntó á la joven á dónde iba, lo hizo tan distraídamente que la señora Hertelín y Genoveva estuvieron contentísimas. Les pareció evidente que la presencia de Rosalía en París importaba muy poco al americano, y que mientras pudiese ver á su prometida todo los días, lo mismo le sucedía con la del señor Hertelín.

— Querida — dijo luego la señora Hertelín á Genoveva — únicamente se ocupa de ti. Le tienes bien cogido : respondo de ello.

A partir de aquel momento, nadie puso el menor obstáculo á la marcha del padre y de la hija. Hertelín pidió un mes de licencia á su jefe, y ávido por cambiar de

aires, y encantado con el viaje, tomó el tren con Rosalía más contento que un estudiante en vacaciones. De un tirón llegaron á Florencia. Durante el viaje compraban tarjetas postales en las estaciones, y las enviaban sin pérdida de tiempo. Desde Dijón, el sepulcro de los duques de Borgoña fué el encargado de llevar noticias á la señora Hertelín. Desde Culoz, el Mont Blanc hizo saber que se disponían á entrar en Italia, y desde Milán la antigua catedral salió con besos para las que en el faubourg Poissonnière se habían quedado.

Durante ese tiempo Genoveva y la señora Hertelín, entregadas á sí mismas, habían entrado como conquistadoras en el salón de la señora Brown y ofrecido á toda la colonia americana la ocasión de apreciar la inesperada elección que Reinaldo había hecho. Libres del temible dominio de Rosalía, cuyo talento se imponía á la admiración bajo la forma de los espléndidos retratos de la señora Brown y su nieto, expuestos en el gran salón del hotel, la señora Hertelín y Genoveva pudieron desplegar con libertad sus gracias y tomar completo desquite de los años de mediocridad. Habían hecho tantas economías de orgullo, que se mostraron altivas en demasía. Junto á la sencillez de la señora Brown, la actitud de la señora y de la señorita Hertelín produjeron un efecto que ellas fueron las únicas en no darse cuenta. Julio Harvey, un pícaronazo de siete suelas, le dijo á Cantor :

— Creía que Reinaldo se casaba con la hija de un burgués de modesta posición de fortuna, pero si juzgo por



las apariencias, esas dos señoras deben de pertenecer á la más rancia aristocracia, pues nos miran con un desdén tranquilo que impresiona.

— No conoce usted á la hermana que pinta, á la señorita Rosalía, — replicó Cantor. — Esa es verdaderamente admirable.

— Esa que estoy viendo aquí, también pinta, pero no retratos, se pinta á sí misma.

— Sin embargo, es bonita.

— Bonita, pero un poco ajada. ¿ Á usted le gustaría, Cantor, casarse con esta rubia llena de pretensiones y que además tiene una madre que á fuerza de levantar la cabeza parece que va á dar con ella en el techo?

— No se trata de mí, Harvey. Á mí no me gustan más que los cuadros.

— Á Reinaldo le gustaban también los cuadros. Vea á donde le han conducido.

— No pretenderá usted que la afición á las obras maestras conduzca á la extravagancia.

— La extravagancia. Esa es la palabra, y es usted quien la pronuncia — exclamó Harvey. — Lo que nuestro amigo hace es una extravagancia.

— Que le complace en extremo. Está ciegamente enamorado.

Cantor permaneció unos segundos pensativo, y dijo luego :

— No comprendo cómo Reinaldo, habiendo podido elegir entre las dos señoritas Hertelín, no se ha decidido

por la que pinta. La señorita Rosalía es una artista de primer orden, y á lo menos, ser el marido de una mujer de semejante talento, es algo. Julio, venga usted á ver el retrato de la señora Brown, venga usted á verlo. Es una obra maestra. En cuanto termine el de Reinaldo, la señorita Hertelín se ha comprometido á hacer el mío.

— ¿ Cómo lo hará — preguntó Harvey — puesto que se ha marchado? He aquí otra cosa extraordinaria, ese padre y esa hija que desaparecen en el momento de celebrarse un matrimonio tan discutido como este... ¿ No hay ningún misterio en todo eso?

— Ningún misterio. La señorita Hertelín está en Florencia con su padre. Reinaldo ha recibido carta esta mañana acompañada de un boceto del Ponte Vecchio, una joya, oye usted Julio, una verdadera joya. El Arno gris, el puente con sus arcos y tiendas, destacándose bajo un cielo azul pálido, un extremo del muelle... Casi nada, algunos toques, cuatro líneas, y es cosa de arrodillarse delante del apunte. Pienso marcharme y reunirme en Florencia con el señor y la señorita Hertelín. Quisiera recorrer los museos con ella. Debería de ser una sensación rara estudiar esas obras maestras de belleza suprema en compañía de una artista capaz de crearlas por sí misma, y que las analizaría, las comentaría y detallaría sus méritos, con la mayor naturalidad, en la corriente de la vida ordinaria, vestida con traje de viaje, y entre el almuerzo y la comida.

— Pero Cantor, está usted tan entusiasmado con la



que pinta, como Reinaldo lo está con la que se pinta. ¿Va usted á casarse también?

— Bromea usted Julio — replicó el coleccionista de cuadros algo confuso. — No tengo la vanidad de creer que la señorita Hertelín consentiría en hacerme semejante favor. Pienso que lo que más estima y prefiere es su independencia. Es sencilla, no tiene necesidades, y gana mucho más dinero del que necesita. No, no, una mujer como ella, únicamente se ocupa de su arte,... y sin embargo...

— ¡ Ah ! ese sin embargo ¿ qué quiere decir ?

— ¿ Será usted discreto Julio ? Sí, lo será, porque es demasiado amigo de la familia Brown para hacer asunto de conversación de semejante cosa. Pues bien, yo hubiera jurado que la señorita Rosalía Hertelín miraba con cierto favor á nuestro amigo Reinaldo. Sí, me pareció que le encontraba muy á su gusto... y en cuanto á él, seguro estoy de que no ha notado nada.

— Pues bien, yo creo que si eso ha sucedido, Reinaldo ha pasado junto á la felicidad y se dispone á hacer una tontería muy grande. Esas dos señoras que tan importante lugar ocupan aquí, me parecen más preocupadas de la fortuna de Reinaldo que de Reinaldo mismo. Pero precisa que tengan mucho cuidado y mucha habilidad, pues si Reinaldo descubre su juego y advierte la menor cosa, conozco á nuestro amigo, y seguro estoy de que nada le impedirá cortar por lo sano. Reinaldo es Brown, y el hombre de negocios reaparecerá en un instante.

Por cegado que sus amigos le creyesen, y con razón, Reinaldo no había dejado de observar ciertas actitudes de su prometida y alguna manifestación de la señora Hertelín en la que se traducía cierta megalomanía repentina é inquietante. Supo un día que esas señoras, encontrándose mal instaladas en su cuarto del *faubourg* Poissonnière, acababan de alquilar un soberbio cuarto amueblado en la calle de la Paix, en una de esas casas de lujo ficticio dispuestas para los extranjeros que se encuentran de paso en París. Bruscamente había visto que Genoveva pasaba de sus sencillos trajes á un rebuscamiento en el vestir propio de los grandes modistos, y que en vez de salir en coche de punto, la señora Hertelín había alquilado, al mes, una berlina con dos caballos. No era nada, y sin embargo el caso tenía mucha significación. Los ademanes, y el porte de las dos mujeres cambiaban totalmente al mismo tiempo, y Genoveva era cada día más fantástica, más exigente y más coqueta. Le preocupaban mucho las condiciones de su futura existencia, y quería que Reinaldo aceptase compromisos muy formales. Una noche le preguntó :

— Cuando estaremos casados, ¿ En dónde viviremos ?

— Pues, en el hotel de los Campos Elíseos.

— Y entonces ¿ dónde vivirá la señora Brown ?

— En el hotel también. Nuestras habitaciones son independientes... Piensa, querida Genoveva, que á la edad que tiene mi abuela no le sería posible vivir sola, y que yo no puedo consentir que se separe de mí. Sería cam-



biar sus costumbres y tal vez alterar su salud. Tu misma no lo querrías...

— Sínduda — respondió la joven con cierta vaguedad y poniéndose muy seria. — No piensas hacerte independiente, y seguirás en casa de la señora Brown; ni por asomo pienso criticar esa sumisión. Pero yo, me separaré de mi madre para compartir tu existencia y vivir en una completa dependencia. Espero que no me costará gran esfuerzo doblegarme á esta necesidad. Me darás ejemplo, y haré cuanto pueda para seguirlo.

— Mi abuela es tan buena... que te será muy fácil vivir á su lado... Tendrás toda la libertad que quieras.

— Mi madre tendrá unos celos terribles.

— Haremos de modo que no los tenga. Le ofreceremos compensaciones.

Ese día Genoveva no insistió. Dió por seguro que Reinaldo se preparaba á asignar una importante pensión á la señora Hertelín para que pudiese vivir con todas las comodidades apetecibles, pues las compensaciones que se proponía ofrecerle no podían ser más que materiales. Cuando se lo dijo á su madre, pareció que ésta iba á coger el cielo con las manos.

— ¡Cómo! — exclamó. — Cobrar el precio de tu sujeción (estuvo á punto de decir : de tu esclavitud). ¿Me crees capaz de semejante egoísmo? Lo único que deseo es tu felicidad. Esas gentes creen que todo se compra con dinero, hasta el amor materno.

Con todo, se calmó al fin, y acabó por discutir el pre-



— Cuando estaremos casados, ¿En dónde viviremos? (pág. 89).



cio de la pensión. Se pusieron de acuerdo para afirmar que diez mil francos mensuales sería una subvención conveniente. ¡ Los Brown eran tan ricos! La señora Hertelín murmuró :

— Eso no me consolará de tu ausencia. Lo ideal hubiera sido que Reinaldo se hubiese dejado convencer para tomar un hotel para él solo. Nosotros, tu padre y yo, hubieramos vivido en cualquier parte, en las boardillas, si preciso hubiese sido, pero á lo menos nos hubiéramos visto continuamente.

De este modo resolvía la cuestión según su conveniencia y dejaba á la señora Brown en la calle para ponerse en su lugar. Pero después de lo que Reinaldo había dicho tan formalmente, ¿ cómo conseguir que variase sus resoluciones? Ni siquiera se debía esperar. Sin embargo, siempre se podrían recoger substanciales desperdicios de aquella opulencia.

— No temas nada, mamá. — decía Genoveva. — Yo sabré arreglarme de manera que Reinaldo se conduzca con mi familia como debe, y como no dudo que tiene intención de conducirse ; ya me cuidaré de poner las cosas en orden.

Trastornadas por su extraordinaria aventura, las dos mujeres disponían de la fortuna de Reinaldo como si ya les perteneciese. La cuestión de las ventajas estipuladas para Genoveva, preocupaba mucho á la señora Hertelín. Había consultado á un procurador, antiguo amigo de la familia, y á un notario, á propósito de lo que convenía



exigir de la enamorada generosidad de Reinaldo. El procurador había contestado : « Todo : una donación en buena y debida forma, de todo cuanto posee, el día de la boda. » El notario, más circunspecto, había pensado que no se debía asustar al novio y á su familia mostrándoles tan violenta voracidad, y había propuesto una donación, mitad en propiedad y mitad en usufructo.

En uno y otro caso, era el saqueo de la fortuna de Reinaldo y la confesión franca y descarada de que, si se le aceptaba por marido, era por su dinero. La señora Hertelín se daba perfecta cuenta de ello y temía asustar á su futuro yerno. Sin embargo, consideraba indispensable que se tratasen esas cuestiones antes de la boda, pues nadie sabía lo que podía suceder después. Un disentimiento entre los esposos, la marcha de los Brown á América, y en ese caso se le podían soltar galgos. Todos sus bienes, todas sus fábricas, estaban al otro lado del Océano. Podría suceder que sólo les quedasen los ojos para llorar... y verdaderamente, después de haber tenido entre las manos semejante lingote de oro, era insuficiente.

Era pues preciso maniobrar con habilidad y aprovechar el momento propicio para que Genoveva tratase la cuestión por sí misma, pero ya las complicaciones se preparaban y de modo bien amenazador. La abuela, que hablaba poco y observaba cuanto en torno suyo sucedía, con visión clarísima para una persona de su edad, había adivinado y comprendido la intriga de la señora y señorita Hertelín. Las dos mujeres no le habían gustado

nunca. Por instinto desconfiaba de ellas, y cuando todos sus amigos se extasiaban ante el talento y la hermosura de Genoveva, á ella no le era posible dejar de ver cuánto uno y otra tenían de artificial.

Desde el día que su nieto había ido á confesarle su amor y confiarle su deseo de casarse con Genoveva, la señora Brown no había cesado de seguir atentamente las maniobras de la madre y de la hija que cada vez le parecían más sospechosas. Su modo de ser, de hablar, todo en ellas les parecía estudiado y convenido como si una y otra no hiciesen más que desempeñar un papel. Oyendo como la joven hablaba á su nieto, le había sorprendido la sequedad de su voz y la autoridad de su mirada. Con todo, tenía buen cuidado de no dar parte de sus temores á Reinaldo. Con muy buen sentido se mantenía neutral, pues sabía muy bien que ponerse en contra de las dos intrusas, era lo mismo que empujar á su nieto para que reaccionase en su favor. Intrusas : en lo íntimo de su pensamiento, de este modo llamaba la anciana á la novia y á la futura suegra de Reinaldo. Y este juicio, formulado por un espíritu recto al que tantas desilusiones habían hecho benevolente para los lances de la vida, tenía extrema gravedad. A Julio Harvey, su amigo, que una noche le manifestó su asombro por que aceptara sin resistencia aquella unión, le contestó con mucha diplomacia :

— Cuando se quiere hacer un río de un torrente, se ponen obstáculos á su paso.



— Es el medio para que desborde y se forme en otra parte...

— Sí, pero al desbordar puede ocasionar desastres, y eso es lo que á todo precio debe de evitarse.

— Entonces, veamos como sigue su curso tranquilamente. Los molinos trabajarán, pero la harina no será para usted.

— Me queda tan poco que vivir, Julio, que esas cosas no me preocupan — replicó sonriendo la señora Brown. — En cuanto á Reinaldo, debemos excusarle sus fantasías. Lo principal es que sea dichoso.

— ¿Lo es?

— No podemos admitir que no lo sea. Obsérvele usted...

— Eso ahora, pero ¿y en lo porvenir? Esas mujeres parece que entran en su casa como en país conquistado y parece también que quieren dictar leyes. Qué cambio tan grande desde su primera aparición, la tarde que la joven cantó...

— Usted las celebró mucho y les prodigó grandes elogios.

— Creo que todos nos precipitamos un poco.

— En todo caso, lo único que ahora podemos hacer, es aprobarlo todo. Usted conoce á Reinaldo; no aceptará más que felicitaciones.

— Sé que se pelearía con quien le hiciese la más ligera observación. Pero usted...

— Yo sólo quiero morir en paz y tranquila en mi casa.

— *All right!*

Un día que, en el saloncito del hermoso cuarto de la calle de la Paix, vacío y desnudo con su lujo improvisado, Genoveva y su madre tomaban el té con Reinaldo, la señora Hertelín dijo á su futuro yerno :

— Hijo mío, mañana recibirá usted la visita de nuestro notario. Es un antiguo amigo de la familia, algo pariente nuestro, que irá á hablar con usted de las formalidades indispensables para una boda... Es triste que no se pueda estar siempre en el cielo azul y que sea preciso descender á la tierra, pero no será por mucho tiempo.

Dicho esto, y sin esperar contestación, dejó á su hija frente á frente con su prometido, cosa que hacía raramente, y entró en la habitación contigua en donde se la oía ir y venir, abrir cajones, invisible pero presente. Genoveva estaba sentada en un sofá, al lado de Reinaldo. Hablaban en inglés, en voz baja, y de cuando en cuando el largo bigote del Americano rozaba la tersa mejilla de la joven. Insensiblemente el enamorado había bajado el brazo, que se extendía sobre el respaldo del mueble, y rodeaba entonces el talle de Genoveva. No lo estrechaba, era sólo un tímido y tierno enlace al que el cuerpo esbelto y flexible, lejos de resistir, se abandonaba lleno de confianza. Caía la tarde, las voces eran por momentos más opacas y las palabras se hacían raras. La señora Hertelín permanecía silenciosa, la cabeza de Genoveva se inclinaba para apoyarse en el hombro de Reinaldo, y el yankee oyó que su prometida murmuraba con dulzura á su oído :

— Yo no sé lo que mamá quiere pedirte, querido



Reinaldo, pero al parecer le concede gran importancia. Sé amable, no la contraríes, y yo te lo agradeceré infinitamente. Según parece, son cosas de negocios. Nosotros debemos permanecer alejados de esas cosas tan feas. No pensemos más que en nuestro amor.

Una casualidad puso en aquel momento los labios de Genoveva tan cerca de la boca de Reinaldo, que el americano no pudo resistir la tentación, y dió á la joven un beso tan rápido como delicioso. Ella se lo devolvió con un ardor que no dejó de sorprenderle. La señora Hertelín, como si por un espejo hubiese espiado la marcha de las operaciones, entró en aquel momento, y los prometidos tuvieron que separarse. Reinaldo se vió precisado á terminar su taza de té y retirarse, pues las señoras tenían que vestirse para ir á comer á casa de la señora Brown y después á la Ópera en el palco que ésta ponía á su disposición. El americano se levantó, despidióse, y, como si estuviese en su casa, salió sin que nadie fuese á acompañarle. Al llegar á la puerta notó que había dejado el sombrero en el saloncito y volvió. La habitación estaba vacía. La señorita Hertelín acababa de entrar en la habitación contigua en que había permanecido la madre mientras duró la escaramuza amorosa. La puerta había quedado abierta, y Reinaldo pudo oír este fragmento de conversación :

— ¿ Y bien ?

— Pues, muy bien. He dicho lo que tenía que decir, y por toda respuesta me dado un beso. Pero, has entrado demasiado pronto.

El americano no quiso oír más : tomó el sombrero y se fué sin hacer el menor ruido. Sus miembros temblaban y sus oídos zumbaban como si fuese á ser víctima de una congestión. En la calle, y para reponerse, se puso á andar á grandes pasos. Inconscientemente, en vez de dirigirse á las Tullerías se dirigió hacia la Ópera. Llegó á la plaza y se detuvo. Pensó. ¿ Por qué se preocupaba ? ¿ Era un crimen que la madre y la hija se hubiesen puesto de acuerdo para facilitarle un momento de soledad con la joven ? Después de todo, eso probaba tan sólo que Genoveva le quería y que le había contrariado que su madre hubiese cortado la conversación. Pero esa conversación, recordaba que se refería á lo que la misma Genoveva había llamado « cosas muy feas ». Muy feas en efecto. Y á Reinaldo le resultaba muy penoso asociar en su mente esas cosas con su amor hacia Genoveva, tanto, que hacía esfuerzos para no pensar en ellas. Pero no podía conseguirlo. Se apoderó de él cierta amargura que le tuvo triste toda la noche á pesar de los avances y coquetterías





de su prometida y de la bondadosa sonrisa de su futura suegra. Su notario llegó algo alterado, al día siguiente, y le dió la clave del misterio. El señor Malterre era un joven, nada formalista ni chapado á la antigua, gran cazador, que gustaba mucho de caballos y objetos de arte, y que trataba á Reinaldo más bien como á un amigo que como á un cliente. Estrechó la mano que el americano le tendió, sentóse en una butaca, y un momento después dijo :

— Oiga, querido. Ayer vi á mi compañero Bougrand, el notario de la familia Hertelín, que vino á hablarme del contrato. ¡ Demonio! Debo decirle que es preciso abrir mucho los ojos, abrirlos mucho y bien. Al parecer, no le ponen condiciones ordinarias...

Reinaldo sintió un ligero estremecimiento, pero ni siquiera pestañeó. Miró á Malterre sin impaciencia y esperó á que se explicase.

— ¿ Tiene usted herederos por los que se interese? ¿ Si desapareciese usted dejaría parientes á los que desearía legar una parte de su fortuna?

— ¿ Por qué me pregunta todo esto?

— Porque mi compañero Bougrand me ha anunciado que la familia Hertelín pretende exigir de usted y por contrato, una donación completa de sus bienes á su futura esposa, para el caso en que faltase usted. ¿ Me comprende usted? todos sus bienes. La fortuna entera de los Brown, pues todo hace prever que usted heredará á su abuela, iría á manos de los Hertelín.

— No, — dijo fríamente el americano — iría á manos de la señora de Reinaldo Brown, admitiendo que muriese sin hijos.

El rostro del notario expresó un asombro extraordinario.

— Muy justo... Si usted lo toma de ese modo...



— ¿ Es preciso tomarlo de otra manera?

— Eso depende del carácter, y sobre todo de los sentimientos. Si usted prefiere su futura á todo el mundo, al pelo, pero otros, tal vez, creerían que hubieran podido dejarle la iniciativa de sus liberalidades, y no imponérselas como condiciones *sine qua non*. Con frecuencia he visto reclamar bienes para el caso de muerte del marido, pero ¡ diablo! nunca de esta manera. Excuse que le hable tan libremente, pero estoy en mi derecho, y además es mi deber...



Se excitó un poco al pronunciar estas palabras, y con gestos más precisos y con la mirada más viva, repuso :

— Eso que hacen con usted, se llama ponerle á uno un puñal en el pecho. ¿ Están muy seguros de usted ?

— Muy seguros — contestó flemáticamente Reinaldo.

— Bueno, bueno, pues como si no hubiese dicho nada.

En su interior, Malterre se decía algo confuso : « He ahí un muchacho de pasta flora. Si se traga ésta sin protestar, harán de él lo que les de la gana. Pero diablo, no nos enfademos por ello. Después de todo, es un negocio. »

— ¿ Me autoriza usted para que extienda el contrato en el sentido que acabo de indicarle y con las bases propuestas por mi compañero ?

— Indudablemente. Tenga en cuenta que sus observaciones sólo tienen valor si no tengo hijos, lo cual no es probable.

— De acuerdo, pero yo debía hablarle como lo he hecho.

— Se lo agradezco.

Se puso en pie y dijo :

— Voy á enseñarle algunas cosas que he adquirido recientemente. Verá usted también mi retrato hecho por la señorita Hertelín.

— ¿ La hermana de su prometida ? Tiene mucho talento.

— Bajo todo conceptos, es una persona muy notable.

Reinaldo, al hablar al señor Malterre, pronunciaba palabras pero no pensaba nada de lo que decía. Gravísima preocupación se había apoderado de él, y aquel proyecto de contrato, tal como su notario acababa de exponérselo brutalmente, era la confirmación absoluta de sus sospechas. Reflexionando en la escena de la víspera, le concedía su verdadera importancia y se le aparecía como punto culminante de una combinación cuyos únicos resortes eran la ambición y el interés. El amor estaba irremediamente desterrado de ella. Nada tenía que ver con los arreglos de la familia Hertelín, y nunca se había propuesto negocio alguno tan cruelmente á aquel á quien se ponía en la precisión de decidirse. « Si me quieres, paga » : toda el alma del asunto se resumía en estas cuatro palabras.

Reinaldo, con mucha precisión, se hacía las siguientes preguntas. « ¿ Amo físicamente lo bastante á esa joven rubia para hacerle el sacrificio moral que se me pide ? ¿ Voy á darme gusto á ese precio ? » Y entonces, dos sentimientos entraban en lucha y se disputaban su voluntad : por una parte, la rebelión del hombre muy rico á quien de costumbre nada se resiste, nada se podía resistir, y que quería, á pesar de todo, obtener lo que había deseado ; y por otra, el orgullo de enamorado, herido en lo más vivo al sentirse despreciado, hasta el extremo que se atrevían á quererle hacer comprar su conquista como si no mereciese que ella se le entregara libremente. Esos dos sentimientos se combatían con extrema violencia.



Uno le empujaba á soportarlo todo, á fin de asegurarse el triunfo, aun reservándose para más tarde un desquite de autoridad triunfante, y el otro le aconsejaba alejarse de la egoísta, de la ingrata, que tan vilmente especulaba con su pasión para dictarle condiciones que más bien parecían ultrajes, y exigir que se cambiasen para ella en en lluvia de oro.

Buen rato hacía que Malterre se había marchado, y Reinaldo, sentado entre sus obras maestras, continuaba pensando en su aventura. En el fondo, nada más vulgar y de uso más corriente. Lo sabía, lo había visto muchas veces, y nunca se había indignado; pero esta vez la desilusión era tan grande, tan fuerte, y, sin duda, él estaba demasiado enamorado para soportar con filosofía el golpe que acababa de recibir. Siguió pensando, mirando sin ver los cuadros que cubrían las paredes de su gabinete, y se disponía á ir á las habitaciones de su abuela para confiarle sus tristezas, aun arriesgándose á oírle afirmar que ella siempre había sospechado la intriga. Él sabía con certeza que las señoras Hertelín nunca habían engañado á su abuela.

En ese trance durísimo y en esa prueba tan dolorosa, Cantor vino á salvarle. Reinaldo atravesaba una de esas horas que resultá imposible contenerse y dejar de confiar las penas á otra persona, pues soportarlas en la soledad parecería demasiado cruel. Acogió á su amigo casi con violencia, como si tuviese alguna parte en sus pesares.

— Es usted, Sam. Contento estará usted con lo que

me sucede, pues el otro día casi llegó á predecírmelo. Para su previsión, es un éxito grande, amigo mío.

— ¿Qué sucede?

— Pues que la señorita Hertelín ha creído que Reinaldo Brown es un imbécil. La cuestión estriba ahora en saber si tiene razón ó se equivoca.

— Vamos, vamos — exclamó Cantor en el colmo de la estupefacción — ¡ Estaba usted tan seguro de ello!

— Sí.

— ¿Y ha cambiado?

— Oiga y juzgue.

Y á renglón seguido repitió al aficionado á pintura la conversación que acababa de tener con su notario. Cantor le escuchaba muy serio y sin interrumpirle. Cuando su amigo hubo terminado tomó un cigarrillo, lo encendió, lanzó al aire una bocanada de humo, y mirando fríamente á su amigo, le dijo ;

— Cuando me piden seiscientos mil francos por un Meissonier, sé que el precio es desproporcionado y que entra en las líneas de la fantasía. Únicamente una cosa me preocupa: ¿ Existe otro tan importante y tengo interés en que el que me ofrecen forme parte de mi colección? Es lo único que me decide. Una mujer debe de ser lo mismo que un cuadro ó que cualquier otro objeto de arte. ¿ El capricho vale el dinero? Todo está en eso.

— ¡ Ah! Sam, — exclamó el joven con dolorido acento — tener que sospechar siempre de los sentimientos que se experimentan, porque se es rico, y todos procuran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO



apoderarse de una parte de la riqueza, ofreciendo en cambio adulaciones halagos y mentiras, es horrible. Mejor sería arrancarse el corazón y no pedirle á la vida más que goces materiales. Pero amar y desconfiar, buscar el sentido oculto de las palabras, estudiar la oportunidad de las sonrisas, tener que estar en guardia aún para las caricias,... es un destino bien miserable. Más valdría ser un pobretón, no tener sobre que caerse muerto, sin un céntimo en el bolsillo, pero tener la seguridad que si se recibe un beso de la mujer amada, ese beso nace en el corazón y no solamente en los labios, y que esa mujer lo da, y no lo vende. Ese miserable sería más dichoso que yo, pues en su misma miseria encontraría lo que yo no encuentro, la certeza de que es querido, mientras que á mí, mi fortuna me obliga á creer lo contrario. Y no es posible dudarlo, pues se me regatea, y mi matrimonio, Cantor, estoy segurísimo de ello, tiene todo el aspecto de una operación comercial entre corredores que piensan todos en su comisión y nadie en mi felicidad.

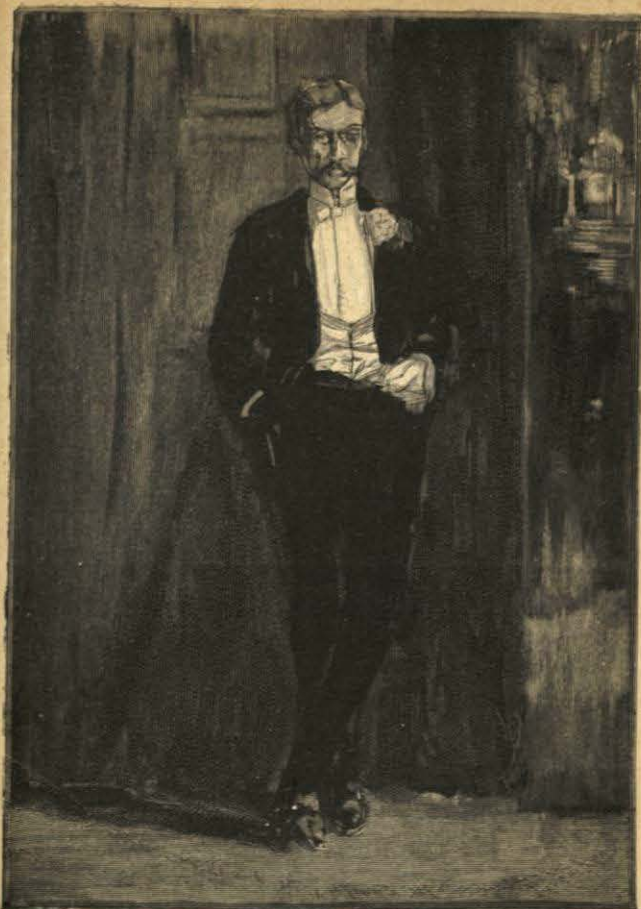
— Cállese Reinaldo, me causa usted mucha pena. ¿Qué quiere de mí?

— Un consejo. No puedo ni pensar. ¿Qué tengo que hacer?

— ¿Está usted seguro de lo que acaba de decirme?

— Desgraciadamente tengo la prueba.

— Entonces amigo mío, si es usted un hombre como se debe ser, márchese. Precisa acabar cuanto antes con este asunto, y la ausencia es el mejor medio.



— Entonces amigo mío, si es usted un hombre, márchese. Precisa acabar cuanto antes con este asunto (pág. 106).



— ¿Marcharme solo?

— Si lo desea, le acompañaré.

— Pero sin tener antes una explicación ni con la madre ni con la hija... ¿Qué pensarán?

— Lo que quieran. Si las vé, le venceran, y si le vencen, se arrepentirá y todo será volver á empezar. Mire; tomemos el rápido y salgamos esta misma noche para Florencia. Allí encontraremos á Rosalía, y con ella tendrá usted la explicación. Eso será franco, categórico y leal. Ella fué su primer confidente, á ella debe usted confiarse esta vez también.

Reinaldo permaneció un momento pensativo. Por momentos palidecía y enrojecía, y al fin, haciendo un gesto enérgico, dijo:

— Tiene usted razón. Vámonos. Escribiré á la señora Hertelín que un asunto urgente me retendrá fuera de París durante algunos días, y que la ruego me excuse si no voy á su casa esta noche. Para lo que ha de ocurrir, ya avisaremos.

Y al decir esto, sentóse á la mesa de su despacho y escribió.